

EN MEMORIA DEL INFANTE D. JOSE EUGENIO

POR

FRANCISCO DE COSSIO

ENCERRADO entre el mar y la montaña recibo la noticia del fallecimiento del Infante D. José Eugenio de Baviera. Aunque su salud era precaria en este último tiempo, no por ello la impresión de su tránsito ha dejado de producirme el dolor que nos llega en la vida por lo inesperado. Al empuñar la pluma para escribir estas líneas de recuerdo en torno a este hombre bueno, inteligente y sencillo quiero dejar a un lado los elogios externos de su jerarquía para intentar el perfil del ser humano y del artista.

Don José Eugenio había sabido en la vida, que no fue para él precisamente un camino de rosas, sin abandonar su condición de Príncipe, en virtud de una innata sencillez, acrecentar sus cualidades de hombre, afirmando una personalidad que llegaba a los modestos y a los encumbrados, igual en su tono moderado y sus palabras justas, a todo el conjunto social que él frecuentaba, y podríamos decir que ante cualquiera, en sus diálogos, mostraba una elegante familiaridad, sin levantar nunca la voz y subrayando sus palabras con una sonrisa penetrante. Era una risa que no es posible encontrar en los que se encumbraron inopinadamente, aun más que por sus merecimientos y en virtud de una tradición familiar, por un golpe de fortuna.

En orden a las jerarquías sociales he recibido yo en la vida muchas decepciones, mas con el Infante D. José Eugenio de Baviera llegué a su intimidad por ser él Director de la Academia de Bellas Artes de San Fernando y ser yo el Secretario perpetuo de esta Institución. No fue entonces el diálogo asiduo por los asuntos de la Academia, sino la conversación familiar sobre distintos temas, y muy especialmente sobre los artísticos.

Solamente un trato de esta naturaleza puede darnos una opinión, sincera y profunda, de las cualidades morales e intelectuales de un hombre.

Apasionado por la música, en la que era una autoridad, como musicólogo y como ejecutante del piano, extendió sus conocimientos hacia todas las manifestaciones artísticas, y sus opiniones sobre cualquier tema de esta naturaleza tenían en sus labios, dentro de unos juicios en los que dominaba cierto desinterés polémico, un raro equilibrio dialéctico. Tenía autoridad sin imponerla nunca.

El vacío que deja en la Academia es muy grande, pero le deja también en su vida social, en su relación con los demás hombres, efusivo con los amigos y padre con los adversarios, si es que su espíritu comprensivo y equilibrado hubiera podido tenerlos.

Escribo estas líneas, envueltas con la tristeza que nos produce el que se va para no volver, frente al mar Cantábrico en un día de sol, cuando hoy correspondería a mi recuerdo las brumas. En estas palabras he querido reflejar el valor de una gran figura humana que se pierde, que se ha ido para no volver, que en la vida y en la paz fue dejando una estela blanca y apacible y que se nos ofrece como un modelo de príncipe cristiano no a la manera que los quería Maquiavelo, sino con el reposo con que nos alecciona Gracián en su política del Rey D. Fernando.

(ABC, 26 de agosto)